

estos, pues, monstruos mas sangrientos, que los del Lago Lernèò, se entraban animosos Fr. Antonio, y Fr. Melchor, conducidos de los Indios mansos de Cobàn, quienes, ò arrepentidos de su primera resolucion por su nativa inconstancia, ò lo mas cierto, por el temor, que avian concebido de la fiereza de los Lacandones, los traxeron seis meses en vicioso circulo por los margenes de los rios, fingiendo no saber el camino. Esto hacian, por ver, si cansados los Padres de viage tan infructuoso, y prolixo, se resolvian à volverse à tierra de Christianos, y se libertaban ellos de perder las vidas, que ya su mucho miedo daba por consumidas. Con tan penosa dilacion fue inevitable una lastimosa penuria en los pobres de Jesu-Christo: siendo toda su provision un poco de maiz, cuyos granos cocidos les ayudaba à sustentar con escasez la vida: y aun este corto alivio llegó à faltarles, y se mantenian con palmitos, y pacayas, sustento solo bastante para no rendir con la hambre las vidas. Tal

vez les brindaban los rios con algun pez, que sacaban de las aguas los covardes guias, y repartido entre todos, eran las raciones tan escasas, que pudieran llamarse con propiedad reliquias.

A pesar de tan penosa escasez, hambrientos, y cargados de fatigas, no perdonaban riesgos, ni se detenian en el tragino de tajadas peñas, por ver, si les deparaba su suerte las ovejas errantes, que se escondian en aquellos yermos. Ya llegó la necesidad à tal extremo, que advertida de los Indios conductores, la tomaron por asylo, para volverse à su Pueblo, pretextando, irian gustosos à traerles socorro. Iban, mas no daban la vuelta, creciendo entre tanto la penuria, y repitiendo por los restantes la diligencia, no tuvieron otro efecto las embaxadas, que aumentarse la hambre, y dexarlos en aquellas soledades en un desamparo verdaderamente lastimoso. Tal fue el que toleraron dos veces por quarenta continuos dias à las orillas de un rio, engañando la vida con agreste alimento, que aun sien-

siendo de los campos, era muy escaso, y llegaron casi à no poder moverse, segun estaban de exauostos, y macilentos. Huvieron perecido esta vez à manos de la hambre, si la Providencia del Altissimo, que sustenta las Aves del Cielo, no huviese socorrido su necesidad por este medio. Venia por aquel mesmo rio un Indio Christiano en una Canoa, con el qual remitian hostias los Padres Doctrineros à los Peregrinos, y llevaba juntamente alguna porcion de maiz, con que se socorrieron. Dieron gracias al Señor, que en tan oportuno tiempo les ministro aquel socorro, y reforzados algun tanto, fueron de parecer, se hiciesen nuevas diligencias, para continuar su designio. Para esto se partio Fr. Antonio en la Canoa, y llegando à una Milperia de un Cazique de Cobàn, hallò en su corazon buena acogida: y prometiendo castigar despues à los que los avian desamparado, se animò con otros ocho à acompañarle muy gustoso. Volvieron todos juntos à la Montaña, y hallaron al Padre Fr. Melchor

en el mesmo sitio, donde avia quedado: y con nuevo esfuerzo, y nuevas guias se aprestaron à la entrada, que veremos en el Capitulo siguiente.

CAPITULO XX.

Hace su entrada à un Pueblo de Lacandones: furioso recibimiento, q̄ le hicieron, y sucesos de toda esta Apostolica empresa.

A Penas se hallò nuestro Fr. Antonio con guias para proseguir su designio, sin darle treguas la bateria de sus ansias, acompañado de su amantissimo Padre Fr. Melchor, y de nueve Indios, en quienes llevaba Conductores, è Interpretes, llegaron todos once al primer Pueblo de los tan suspirados Lacandones. En el Lunes, ò Martes de Carnestolendas, del año de noventa, y quatro, como à las nueve del dia, entraron en la Poblacion, cogiendo tan descuidados à los Barbaros, que no fueron de ellos senti-

dos, hasta que los vieron en la Plaza. Atonitos de novedad en aquellos paramos tan estraña, se dexaron ocupar del asombro, y alborotado el Pueblo, que era de mas de cien casas (segun testimonio fidedigno) todos, ó los mas se dieron à la fuga, pensando, que mucha gente estrangera venia mas atrás de retaguardia. Quedò desamparado el Pueblo, manteniendose solamente en él algunas mugeres ancianas, que gravadas de los años, ó oprimidas del peso de sus yerros envejecidos, no acertaron con el pasmo à seguir los fugitivos. Fueronse estos recobrando del primer susto, y reconociendo ser tan corto el numero de los Estrangeros, se vinieron à ellos, no de otra fuerte, q̄ el famoso Leon, quando se abalanza à la presa. Respirando en los semblantes iras, y en las confusas voces fulminando venganzas: con armas en mano acometieron de tropel à aquella Grey pequeña, dando golpes à los Indios Fieles, y empellones à los dos Missioneros: rópianles los Abitos, y en todo lostrataron con

la fiereza, q̄ es en ellos tan propria, y como nativa. Huvieran todos juntos perecido à manos de la Plebe, si no se huviesen interpuesto algunos Caziques, que con su autoridad foflegaron el tumulto. Cebòse el furor en descomponer, y robar los pocos trastecillos de los Indios mansos, y en el Ornamento sagrado, que se llevarò, con animo de compartir entre si las Ecclesiasticas vestiduras.

Fueronse poco à poco foflegando, al ver, que no llevabán armas, y que les daban paz con algunas palabras, que sabian de su idioma los Interpretes. En señal de benevolencia les dieron hospicio, y regalaron à su usanza, haciendoles volver el Ornamento, que de primera instancia les avian usurpado con desprecio. Preguntaron los Caziques el motivo de averse entrado tan inopinadamente à su Pueblo, y les respondieron bien temerosos los Interpretes: que aquellos dos Padres eran Sacerdotes de los Christianos, quienes desseaban hiciesen las pazes con Dios, con el Rey de España, y con los Indios de

Cobàn, con los quales avian tenido antes muy cruda guerra. Enterados los Caziques, daban de todo razon à la Plebe: y en tanto que conferian unos con otros la novedad, pusieron los Padres su Altar en la casa de su Hospicio, haciendo de él Oratorio, para que les diese el Señor esfuerço, y si fuesse su voluntad, admitiesse alli sus cansadas vidas en sacrificio. Cinco dias los detuvieron, como victimas destinadas à ser destrozado de su furia, celebrando con bayles el alegre, y festivo dia de su muerte, reputandolos ya por pasto de su voracidad inhumana: y huvieran fallecido à manos de la hambre, si la piedad de una India gentil no los huviesse ocultamente socorrido.

Ponianles las manos sobre el pecho, para ver, si les palpitaba el corazón: porque decian, que en ocupandolos el miedo, les quitarian las vidas: pero atendiendo su constancia, y que con alegre semblante esperaban la muerte, como fin de sus trabajos, y principio de su descanso, se rindieron aquellos Barbaros: estimando

por mas que hombres, à los que eran prodigio del valor mas constante. Tocaban tal vez los pies al animoso Fr. Antonio, que aunque tan desflaquecido, y estenuado, se hallaba sano, y decian, aludiendo à sus intentos de comerle: ESTE BUENO. Passaban al penitentissimo Fr. Melchor, quien con los muchos años, y sus continuos achaques estaba llagado, y formaba al vivo un esqueleto, y con ademanes de despreciar sus carnes para alimento de su voracidad, prorumpian, diciendo: ESTE PODRIDO. Oidos, que tal escu: haban, como se prevendrian, esperando la muerte sin dilaciones? Viendo, y observando aquellos Idolatras, que eran en vano sus amenazas, para facar de aquellos pechos siquiera el desahogo de un suspiro, mudando de bateria, les pusieron delante unos Idolos, y les querian persuadir los adorassen, si no fuesen prodigos de sus vidas, que perderian sin recurso luego que recusassen el darles culto. Aqui fue donde descubrieron los pechos todo el volcan de zelo, que se oculta-

ba en los corazones, y brotando llamas por voces, afearon su loco barbarismo, y les hicieron saber, como à solo Dios, q̄ los crió, y dio en una Cruz, hecho Hombre, la vida por redimirlos, eran debidas todas las adoraciones: que temiesen no airada su Justicia los destinasse à ser tizonas del Infernal abyfmo.

Ya con esto creyeron los Padres era inexcusable su martyrio: y como quien tocaba ya con las manos la palma de la mas gloriosa victoria, se enardecian predicandoles, enarbolado en sus manos el Crucifixo. Dichoso teatro el de aquella Montaña, donde se representaba este tierno espectáculo, que miraban con gusto los Angeles del Cielo! Tal fue el pavor, que adormeciò à los Gentiles, que mudandoles en un punto los corazones, tomò la voz de todos el mas anciano Cazique, y razonò de esta fuerte: „ Aparten à un lado „ effos Idolos, y hagamos experiencia, para ver, si es verdad lo que decís. Vaya uno „ de vosotros con algunos de „ los nuestros à Cobàn, y si nos

„ reciben bien, es señal, que venís de paz, y con buen corazón, movidos folamente de „ la salvacion de nuestras almas. Con esto serèmos hermanos, y Christianos: pero „ si no, conocerèmos, que nos „ engañais. Vinieron bien los Padres en la propuesta, y quedando en rehenes para la seguridad el V. Fr. Melchor, se partiò con doce Indios Lacandones nuestro Fr. Antonio, lleno de gozo por la esperanza de la conversion de aquellos Gentiles, siendo al mesmo passo de gran ternura para su corazón apartarse de su fidelissimo Compañero, à quien dexaba expuesto à la voracidad de aquellos carniceròs Lobos. Despidiose, enfin, con aquellos afectos, que tan sin afectacion sabe dictar una charidad verdadera, y en quince dias en alas de sus deseos llegò à la Ciudad de Cobàn, que le tributò en su recibimiento aplausos, y admiraciones, viendole con vida, y acompañado de aquellos mesmos, que eran el horror de las Selvas. Acariciaron à los Gentiles assi los Reverendos Padres

dres del Gran Patriarcha Santo Domingo, como el Gobernador, y los Españoles: hicieronlos vestir, y les ofrecieron de aquellos dones, que eran mas de estima para ellos, todo à fin de que volviendo à sus tierras, diessen noticia à los suyos de lo mucho que deseaban todos su paz, y su remedio.

Esta reduccion, que corria al parecer con prospera fortuna (ò Juicios de Dios incomprehensibles!) tuvo el impensado azàr, de enfermar por la mutacion de temperamento los doce Lacandones. Es la Montaña Region calidissima, y la tierra de Cobàn muy frigida, y humeda: desconcertò esta intemperie la salud de estos Gentiles, y à pocos dias unos murieron en la Ciudad, lavando sus almas con el Santo Bautismo, y se les dio honrosa sepultura, y los restantes se partieron con Fr. Antonio, temerosos de su peligro, y fueron quedando enterrados por el camino. Por todos fallecieron diez, logrando los ocho el morir Christianos, y solos dos no debieron de estar dispuestos à esta di-

cha, acaso por lo que despues se dixo: pues uno de estos avia sacado el corazón à un cautivo, y el otro debió de ser de los que años antes avian executado en los Christianos crueles homicidios. Llorò Fr. Antonio la muerte de los ocho, temperando sullanto la esperanza de aver passado sus almas à mejor vida. La de estos dos ultimos le hizo verter lagrymas inconsolables, viendo que malograron la ocasion del Bautismo, con que pudieran aver limpiado sus almas de tanta mancha, contrahida en una vida barbara, y lograr con la luz de la Fè la eterna Luz.

A este mesmo tiempo, que volvia para la Montaña Fray Antonio, acaciò en el Pueblo de los Lacandones un exemplarissimo castigo. Manteniafe entre aquellos Barbaros con evidentes peligros de la vida el V. Anciano Fr. Melchor, y solicitaba con ardientes deseos por medio de los dos Indios mansos, que le acompañaban, la reduccion de aquella ciega gente. Como alucinados en sus errores, burlaban de sus veras, y escarnecian de sus pias